[450:3]

NO CONTAR CON LA HUÉSPEDA.

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

DON JOSÉ DE FUENTES, 1845-1882.

Y

DON AURELIO ALCON.

Representado en el Teatro de la COMEDIA con éxito extraordinario la noche del 6 de Junio.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	D.ª MARIA ÁLVAREZ DE HERNANDO.
DOÑA ASUNCION	MANUELA RAMOS.
AMALIA	VICENTA SIERRA.
VICTORINA	ELVIRA MUÑOZ.
TEODORO	D. ALFREDO MAZA.
DON LÚCAS	JOSÉ ALISEDO.
FERNANDO	ALBERTO RODRIGUEZ.
AGUILAR	MIGUEL DIAZ.
ENRIQUEZ	ENRIQUE OLIVA.
MENDOZA	MARIANO GALÉ.
PEPE	JULIAN CASTRO.
UN LACAYO	N. N.

La accion, en el primer acto, en Andújar, segundo y tercero en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con gusto. Puertas laterales y al foro. Velador con recado de escribir en el centro. Un armario colocado á la izquierda de la puerta el foro. Sillas, butacas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

PEPE, escribiendo.

«Inolvidable Pepa: te escribo esta desde Andújar, pue-
»blo de la provincia de Jaen, y que hace ocho dias con-
»taba doce mil ochocientos treinta y dos habitantes:
»pero desde que hemos llegado mi señorito y yo, los
»treinta y dos del pico han ascendido á treinta y cua-
»tro. En este instante estoy oyendo repicar las campa-
»nas de la iglesia: mi amo acaba de casarse; no te rias:
»se acaba de casar con doña Amalia Cienfuegos, jóven
»de diez y ocho años, bonita, rica y nacida y educada
»en este pueblo por su madre doña Asuncion Valde-
»moro, viuda de Cienfuegos, que es toda una suegra
»El pueblo está loco de contento, y creo, si no me
»equivoco, que dentro de un año los treinta y cuatro
»del pico se cambiarán en treinta y cinco ó en treinta

Campanas

»y seis...» Ese ruido. . (Levantándose.) Ya están de vuelta. (Guardando la carta.) Se continuará.

ESCENA II.

DICHO, TEODORO, foro.

Foro dha

TEOD. (Hablando con gente que se supone fuera de la escena.) Gracias, amigos mios, mil gracias. Dispénsenme ustedes que no les acompañe yo mismo al comedor, donde les servirán un modesto refrigerio; allí encontrarán ustedes á mi señora y á mi mamá política. (Bajando al proscenio.) ¡Qué delicioso es casarse en un pueblo! En Madrid, maldito si se ocuparían de los novios; aquí no he visto desde la iglesia hasta esta casa ni un balcon, ni una puerta ó ventana que no estuviera adornada con cinco ó seis fisonomías estúpidas dispuestas á murmurar de toda la comitiva; delicioso, delicioso!

PEPE. De modo, señor, que ya está usted casado.

TEOD. Desde los piés hasta la cabeza; sí, Pepe; contempla á un recien casado, de lo más reciente que puede darse (Pepe se sonrie.) Te sonries, eh? Lo comprendo. No te explicas como yo, ex-terror y ex-espanto de padres y maridos, pueda haberme casado como un simple... mortal!

PEPE. La verdad es que...

TEOD. He sido víctima de un capricho.

PEPE. Tonto, por decirlo así.

TEOD. No, no lo digas así; un capricho raro.

PEPE. Como usted quiera. Cuando pienso en aquellas aventuras...

TEOD. Calla, condenado. Si mi suegra te oyese... (Mirando á todos lados.) Qué tiempos aquellos!... Qué afortunado he sido; cuando he sido afortunado, porque tambien algunas veces...

PEPE. Oh! Pero muy pocas.

TEOD. Eso sí, muy pocas, poquísimas; y á que no sabes qué me hizo desistir de aquella vida?

PEPE. Algun solo de balcon?

TEOD. No; entre otras razones, el final de una comedia que ví en el teatro Español una noche que estaba muy aburrido.

PEPE. Calle!

TEOD. Sí, recuerdo que decía un actor estos dos versos:

mañana mismo me caso
por vivir como Caton.

Yo no conocía más Caton que el que cuando pequeño había deletreado en el colegio; pero ese no debía ser aquel á quien se refería el actor. Lleno de curiosidad, abro el diccionario histórico y leo: Caton, romano célebre por sus virtudes; eso de las virtudes me conmovió: reflexioné detenidamente durante cinco minutos, y me dije: voy á casarme; quiero vivir como ese célebre romano, para que dentro de dos siglos, al abrir mis descendientes el Diccionario, puedan leer en la C: «Campuzano (Teodoro), madrileño célebre por sus virtudes.»

PEPE. Y por esa tontería?...

TEOD. Vuelvo á repetirte que es una rareza, no una tontería. Pero observo que no hago más que charlar contigo, sin pensar en que mi mujer y mi suegra estarán impacientes... (Se acerca á la segunda izquierda y mira.) No, veo que entran en su tocador á cambiar de traje sin duda. Han traido mis encargos de Madrid?

PEPE. (Dándole un paquete y una carta.) Sí, señor; aquí los tiene usted, con esta carta.

TEOD. La factura sin duda... «Don Teodoro Campuzano, debe, por seis batas, tres de invierno y tres de verano...» Bien, bien, esto es lo del camisero, y lo del zapatero?

PEPE. Aquí está. (Lo mismo que ántes.)

TEOD. (Leyendo la factura.) «Debe por seis pares de zapatillas, »tres de verano y tres de invierno...»

PEPE. Seis pares de zapatillas! Caramba y qué lujo!

TEOD. Te parecen muchos pares? Doce le encargué; todas tapicería y bordadas por... ya sabes...

PEPE. Sí, señor! Las de la Ribera...

TEOD. De Curtidores; aquellos tres ángeles de Capellanes... aún debo conservar siete pares que me hicieron... gratis, por decirlo así.

PEPE. Y que aún no las ha usado usted.

TEOD. Pero las usaré; desde mañana mi traje será la bata y las zapatillas; y mi vida se reducirá á estos tres actos: Acto primero: las once... el almuerzo. Acto segundo: las seis... la comida. Acto tercero: las diez... á la cama.

PEPE. Cambio radical.

TEOD. Y para empezar, te regalo toda mi ropa de calle.

PEPE. De veras?

TEOD. Sí, Pepe; ese es mi testamento de soltero.

PEPE. Ah, señor...

TEOD. Sin embargo, necesito que me prestes este traje por todo el dia de hoy.

PEPE. No estropeándolo.

TEOD. Gracias, Pepe, gracias; y descuida... procuraré no mancharlo.

LUISA. (Foro.) La señora de Cienfuegos?

PEPE. No creo que esté visible... pero aquí tiene usted á su señor yerno. (Váse.)

ESCENA III.

LUISA, TEODORO.

LUISA. Su yerno?... Veo que he llegado tarde.

TEOD. Para asistir á la boda, cierto, señora... pero calle... qué miro? Luisa, usted aquí? (Se sientan.)

LUISA. Nada mas natural que mi deseo de asistir al casamiento de Amalia. Somos medio parientes.

TEOD. Lo celebro... eso me proporciona la dicha de serlo de usted. Pero cómo ha podido usted decidirse á dejar á Madrid, y sobre todo á Fernando?

LUISA. Ha sido preciso... sus asuntos le impedían acompañarme...

TEOD. Y qué tal? Está usted contenta de haberse casado con él?

LUISA. Ya lo creo!... Bien es verdad que aún no he tenido tiempo de juzgarle como marido... Él tiene veinticuatro años, yo veintidos, y nuestro enlace tres meses... Las mejores condiciones de estabilidad...

TEOD. Cierto!

LUISA. Amalia y usted es otra cosa... La diferencia de edades es algo mayor: ella veinte y usted... sin mentir.

TEOD. Sin mentir; treinta y nueve.

LUISA. De veras? Nada más que treinta y nueve?

TEOD. Diez ó doce minutos más.

LUISA. Me arriesgo á creerle, ya que usted se empeña.

TEOD. Ya lo creo que me empeño.

LUISA. Bien, bien. Por fin cayó usted. Quién había de creer que usted...—porque yo nada ignoro de su vida,—había de casarse...

TEOD. Como un cualquiera? Todos me dicen lo mismo.

LUISA. Su pasado borrascoso.

TEOD. Silencio por piedad! Harto el diablo de carne, se casó. Yo he hecho lo mismo. Necesito hacer una buena digestion, y el digestivo que he tomado ha sido Amalia.

LUISA. De modo que...

TEOD. Pienso establecerme en Andújar para descansar de mi pasado.

LUISA. Cómo? Y Amalia?

TEOD. Descansará tambien, aunque la pobre maldito si estará cansada.

LUISA. No lo entiendo, precisamente ayer recibí una carta de su madre, en la que me decía que mañana salían ustedes para Italia.

TEOD. Ah! sí, un proyecto que habían formado entre las dos, y que yo he logrado echar por tierra.

LUISA. Pues hombre, un viaje y con Amalia, sería delicioso.

TEOD. No lo niego, pero me cansaría.

LUISA. Verían ustedes los Alpes, el Vesubio, el Coliseo...

TEOD. Los Alpes! Los conozco palmo á palmo. El Vesubio lo he visto tres veces, he curioseado hasta su cráter, por cierto que conservo el certificado del ermitaño. El Coliseo

no le he visto más que dos veces, pero como la segunda vez que lo ví estaba lo mismo que la primera, presumo que la tercera estará como la segunda.

LUISA. Pero bien, y Amalia?

TEOD. No ha visto nada de eso, pero yo la contaré mis impresiones de viaje.

LUISA. Ya!

TEOD. (Con misterio.) Sepa usted que no me he casado para andar danzando por ahí. Me he casado para descansar. Estoy ya harto de vivir con un pie en el aire como los muñecos de las veletas. Hace veinte años que ando en un pie, me parece que es ya tiempo de que ande con los dos.

LUISA. Y la pobre Amalia?

TEOD. Amalia no conoce esa vida. Educada por su madre, excelente señora, de costumbres quietas y que á su vez fué educada por su difunto el coronel Cienfuegos, no sentirá perder lo que nunca ha conocido. Desengáñese usted, entre su madre, el piano y alguno que otro par de zapatillas que se ocupe en bordarme, será completamente feliz.

LUISA. Cierto!

TEOD. Ya lo creo! Tan cierto como es!

LUISA. (Con ironía.) Pero sin embargo, como quiero mucho á Amalia, temo que el exceso en los placeres que la reserva usted lle gue á cansarla: el piano... las novelas... hay goces que matan de aburrimiento.

TEOD. Vamos, veo que es imposible ponernos de acuerdo, por lo cual, me parece lo mejor ir en busca de Amalia que ya debe haberse vestido.

LUISA. Ántes permítame usted una pregunta: cómo es que siendo Doña Asuncion tan pacífica como usted dice, ha elegido por yerno á un hombre tan... tan guerrero como usted?

TEOD. Voy á decirle la verdad. Doña Asuncion ignora mi pasado.

LUISA. Imposible!

TEOD. Lo ignora, porque como usted comprende, yo me he guardado muy bien de decírselo.

LUISA. Pero bien.

TEOD. Y como tengo un hermano que es un... cenobita, pero en toda la extension de la palabra, cuando ella tomó informes de mi conducta, se los dieron...

LUISA. Creyendo que se trataba de su hermano de usted!

TEOD. Precisamente!

LUISA. Pero eso es una infamia. La ha engañado usted villanamente.

TEOD. No, yo no, la han engañado. Yo lo único que he hecho ha sido callar y aceptar el error... porque me convenía... Pero no diga usted una palabra...

LUISA. Sí, á buena hora! Crea usted que si yo lo hubiese sabido...

TEOD. (Viendo á Doña Asuncion.) Mi suegra! Silencio por Dios!

2ª Izda con medallón

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA ASUNCION, segunda izquierda.

ASUNC. Dónde está?... Mi querida Luisa! Ahora mismo acaban de decirme que habías llegado, pero no te perdono el que no hayas asistido á la boda. Sin embargo, más vale tarde que nunca, y te agradezco en el alma...

LUISA. Y Amalia?

ASUNC. Perfectamente. Muy emocionada, como es natural. (Á Teodoro, que se aproxima.) Nada de esto te se importa! (Á Luisa.) Por más que yo la digo, nada, no quiere hacerme caso. Afortunadamente tú estás aquí y la darás valor.

TEOD. Valor? Para qué?

ASUNC. (Ap. á Luisa.) (Es un inocenton!) (Á Teodoro.) Para lo que á tí no te importa! (Á Luisa.) Conque anda, entra á su cuarto; está acabando de ponerse el vestido de viaje.

TEOD. (Sorprendido.) Eh? El vestido de qué?

ASUNC. De viaje. Se sorprende! Es natural; el pobrecillo aún no sabe... Te esperábamos para decírselo.

TEOD. Ah! ¿Luisa sabía...

ASUNC. Todo!

TEOD. De modo que estaba de cuerdo con ustedes para darme esa... esa agradable sorpresa!

ASUNC. Ya lo creo! Como que la idea es suya!

TEOD. Ah! ¿Conque la idea...

ASUNC. Y debes agradecérselo!

TEOD. (Ironía.) Vaya! Y tanto como se lo agradezco!

ASUNC. Así me gusta. (Ap. á Luisa.) (Es un infelizote!) (Alto.) Conque anda, hija mia, ves á ver á Amalia.

TEOD. (Ofrece el brazo á Luisa.) Permítame usted que la acompañe...

LUISA. (Ap. á Teodoro.) (Qué pálido se ha puesto usted!

TEOD. (Ap. á Luisa.) Ántes morir que visitar el Vesubio por cuarta vez!) (Váse Luisa.)

ESCENA V.

DOÑA ASUNCION, TEODORO. Deja á Luisa en la segunda izquierda y vuelve al lado de Doña Asuncion, dando visibles muestras de sorpresa.

ASUNC. Comprendo tu asombro y no quiero ocultarte nada. Acércate y escucha.

TEOD. (Tengo un certificado del ermitaño... y lo enseñaré!)

ASUNC. Estoy segura de que hasta ahora me has tenido por demasiado escrupulosa y severa, por no decir ridícula, al tratar de buscar para mi hija un marido que no hubiese, como otros muchos, abusado de su juventud. Te lo confieso ingénuamente; durante mucho tiempo he buscado un yerno en esas condiciones. Quería un hombre...

TEOD. Nuevo, por decirlo así; tal me dijo usted al encontrar en mí lo que buscaba.

ASUNC. Cierto, y no puedo ménos de felicitarme por mi eleccion. Pero como á los ojos de una madre nada puede quedar oculto, tengo la seguridad,—porque yo adivino todos tus pensamientos,—tengo la seguridad de que te habrás dicho más de una vez: «qué suegra tan jaqueca

voy á tener.» No es verdad?

TEOD. Cómo, señora!... ¿Ha podido usted creer... (Quién se lo habrá dicho?)

ASUNC. Pues bien, Teodoro, te has equivocado de medio á medio.

TEOD. Eh?

ASUNC. La severidad de que he hecho gala, ha sido sólo el resultado de un plan que había imaginado.

TEOD. No comprendo...

ASUNC. Me explicaré: un jóven empieza á vivir, y como es natural, quiere gozar de todos los placeres que soñó ántes de ser hombre. ¿Pero cómo comprende este goce?

TEOD. Eso digo yo; cómo lo comprende?

ASUNC. Malgastando el tesoro de sus más ricos afectos en realizar sus más falsas ilusiones. Así vive durante algunos años, al cabo de los cuales, falto de corazon para querer y de ánimos para luchar, se dice esta frase, que habrá usted oido más de una vez: «¡necesito casarme!»

TEOD. Ya lo creo que la he oido. Como que no hace mucho tiempo, yo mismo la he pronun... oido pronunciar á un amigo mio.

ASUNC. Entónces elige á una pobre muchacha que ha conservado para él corazon, juventud y belleza, y para la cual él nada ha sabido conservar. Ella pensando en un porvenir de ventura, él en su tenebroso pasado.

TEOD. Es verdad!

ASUNC. Ella despierta, él se adormece.

TEOD. Justo!

ASUNC. Ella desea gozar, lanzarse á los placeres, él descansar; no porque no quiera seguirla, sino porque no puede, hastiado ya de todo.

TEOD. Precisamente!

ASUNC. Por último, ella empieza cuando él acaba.

TEOD. Eso es; habla usted como un libro. Y si viera usted cuántos maridos así he conocido!

ASUNC. Yo tambien; y no sólo los he conocido, sino que los he tenido que sufrir! Ves este medallon? (Enseñándole uno

que lleva puesto.)

TEOD. Cáspita, y qué chico tan guapo!

ASUNC. Es el retrato del coronel Cienfuegos.

TEOD. Buen suegro hubiera podido tener... si hubiese vivido.

ASUNC. Sí, Teodoro; era muy guapo, muy guapo... sobre todo á caballo!

TEOD. Más que á pie? Debía usted haber hecho que se retratara á caballo; bien es verdad que el caballo hubiera podido perjudicarle.

ASUNC. Tal como le ves, era el niño mimado de cuantas muchachas tenían la dicha de tratarle. Y consiguió tales triunfos, que don Juan Tenorio fué un desdichado comparado con él.

TEOD. Cáspita!

ASUNC. Era tan guapo mi Eleuterio!

TEOD. Á caballo, por supuesto!

ASUNC. Yo al verle, como otras muchas me dejé seducir... pero por desgracia, fué despues de esas otras muchas. Nos casamos, y al dia siguiente pidió su retiro.

TEOD. Qué lástima! Con tan bonita carrera... porque debía ser jóven.

ASUNC. Treinta y nueve años!

TEOD. Treinta y nueve?... Tambien es casualidad. Eso lo diría él, pero positivamente, tendría más... Conozco á muchos que suelen hacer lo mismo.

ASUNC. Mi esposo era uno de los hombres que he citado ántes. Yo quería correr en busca de lo desconocido, pero él, desde el dia en que nos casamos, no se movió de su butaca.

TEOD. (Como yo pienso hacer!)

ASUNC. Al sentarse en ella exclamó: Como cansa el casarse... estoy rendido.

TEOD. (Qué rara coincidencia!) De modo que usted, creyendo casarse con un coronel en activo servicio...

ASUNC. Ví que me había casado con un coronel... retirado.

TEOD. Por algo pidió el retiro. Sin embargo, al verle de uniforme...

ASUNC. De uniforme!... Se los regaló todos á su asistente, y ya no le ví más que de bata. Qué decepcion, eh? (Teodoro coge el paquete de las batas y lo mete dentro de un armario.) Pero qué haces?

TEOD. Nada, nada... no haga usted caso! (Si llega á verlas!)

ASUNC. Verle con sus magníficas botas de montar... me entusiasmaba; pues por lo mismo no usó más que zapatillas de tapicería bordadas, tal vez por alguna de sus antiguas conquistas.

TEOD. (Cáspita! Cáspita!) (El mismo juego que ántes.)

ASUNC. Pero qué haces?

TEOD. Nada... nada... no haga usted caso, y prosiga usted.

ASUNC. Por último, cuando le suplicaba que me acompañase á algun baile, me decía: Bailar despues de veinte años de bailoteo contínuo... prefiero dormir.

TEOD. Qué atrocidad? Pero ese hombre, era un cafre.

ASUNC. Juzga qué vida habré pasado; así es, que al tratar de casar á Amalia, he procurado evitar que la suceda lo mismo; y ahí tienes la razon de por qué he buscado para ella un hombre que le diese todo su corazon, y para el que los placeres de la vida fuesen tan desconocidos como para ella.

TEOD. ¿Y me ha escogido usted á mí? No ha podido usted tener más tacto.

ASUNC. Por lo tanto, espero qué desde hoy se dedique usted á gozar de esos placeres desconocidos para los dos.

TEOD. Ya lo creo! (Alarmado.)

ASUNC. Amalia lo desea!

TEOD. Nada más natural.

ASUNC. Y yo... que me veo como ella, lo deseo tambien.

TEOD. Cómo? usted? (Sorpresa.)

ASUNC. Sí, Teodoro; privada de todo hasta ahora, quiero hacerme una segunda juventud, quiero recuperar todo el tiempo perdido. Deseo asistir á bailes, teatros, conciertos, reuniones, que sólo conozco de nombre. Yo misma os daré el ejemplo con mi alegría y mi buen humor.

TEOD. (Diantre!) Pero...

ASUNC. Sí, Teodoro; no descansaremos ni un instante siquiera.

TEOD. (Horror!) Sin embargo, aquí en Andújar, no veo fácil...

ASUNC. Y quién te dice que nos quedaremos aquí. Iremos á Madrid!

TEOD. Á Madrid?

ASUNC. Esta misma noche.

TEOD. Esta noche!

ASUNC. Ahí tienes la sorpresa que te tenía preparada. Me parece que más grata...

TEOD. Imposible!

ASUNC. Debes agradecérselo todo á Luisa, que es la que ha propuesto el plan.

TEOD. Conque Luisa, eh?

ASUNC. Y para que veas lo buena que es, no solamente ha preparado todo para el viaje, sino que nos ofrece habitacion en su misma casa.

TEOD. En su misma casa!

ASUNC. Ya ves si tienes que agradecerle!

TEOD. Pues ya lo creo! (Maldita!)

ASUNC. No nos separaremos para nada. Qué felicidad, eh? para los tres, por supuesto? Pero aquí viene Amalia, ya dispuesta á emprender el viaje. Ven, hija mia, ven; tu marido está loco de alegría!

ESCENA VI.

DICHOS, AMALIA.

2ª Yrda

AMALIA. Yo tambien, mamá; soy tan dichosa... Luisa me ha dicho el proyecto de ustedes; ir á Madrid. Qué felicidad! Ingrato! No habérmelo querido decir!

ASUNC. No es extraño... el pobre Teodoro no sabe una palabra.

AMALIA. De veras?

TEOD. Sí, Amalia; el tal proyecto ha sido para mí (Con voz lúgubre.) una agradable sorpresa!

AMALIA. Qué tono!

TEOD. No te parece á propósito... pues bien, (Con mucha ale-

gría forzada.) ha sido una agradable sorpresa.

AMALIA. Eso es ya otra cosa.

TEOD. Con efecto... más de situacion...

AMALIA. Por supuesto, que á mí no se me oculta que tú hubieras preferido ir á Suiza.

TEOD. No! no!

AMALIA. Ver los Alpes... el Mont-Blanc.

TEOD. No lo creas! no lo creas!

ASUNC. Te equivocas, Amalia. No es á Suiza donde Teodoro hubiera querido ir. Ya la conoce.

TEOD. (De sobra!)

ASUNC. Donde hubiera ido de buena gana, estoy segura, es á Italia.

TEOD. (Cáspita!) No, tampoco!

ASUNC. Vamos, confiesa que no te desagradaría ir á Nápoles, aunque sólo fuese por ver el Vesubio.

TEOD. No lo crea usted! (Tengo un certificado!)

ASUNC. Pero qué diantre, tiempo tendremos para todo. El verano próximo podrán ustedes realizar ese viaje, y si me prometeis ser juiciosos, yo os acompañaré. Me parece que no podeis pedir más.

TEOD. Cá!

ASUNC. Veremos el Vesubio.

TEOD. (Eso sí que no! Y si comete esa imprudencia, la zampo dentro!)

ASUNC. Pero por ahora no pensemos más que en Madrid.

AMALIA. Sí, en Madrid, donde nos aguardan toda clase de diversiones, gracias á mi querida prima.

ASUNC. Que es tan buena!

TEOD. Ya lo creo! Demasiado buena!

AMALIA. Acaba de decirme que no aceptará ningun convite á baile ó reunion sin que nosotros tres no vayamos con ella.

ASUNC. Nosotros tres?

AMALIA. Claro!

ASUNC. Tiene razon, porque os lo prevengo, no pienso separarme de vosotros.

TEOD. Ya lo ha dicho usted ántes!

AMALIA. Y como Luisa está muy bien relacionada, todos los dias tendremos bailes, reuniones, conciertos... pero bailes sobre todo, y que no me gusta á mí bailar!

2a Izda TEOD. (Héme otra vez como los muñecos de las veletas, en un pie!)

AMALIA. (Viendo entrar á Luisa.) Contando, por supuesto, conque Luisa nos cumpla lo que nos ha prometido.

ESCENA VII.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Y tanto como lo cumpliré. No tan sólo lo que he prometido á tu madre y á tí, sino tambien lo que he prometido á tu marido.

ASUNC. Sí? Y qué es ello?

LUISA. El mismo se lo dirá á ustedes! (Ap. á Teodoro.) (Callar su pasado, si cumple usted bien como esposo.)

ASUNC. Ah! Ya sé lo que es.

AMALIA. Qué es, mamá?

ASUNC. Poner á nuestra disposicion sus caballos de silla. Porque yo quiero montar...

TEOD. Si, eh? (Resabios del coronel!)

LUISA. Precisamente!

TEOD. (Diantre! Diantre!)

ASUNC. Asi podrás ir con tu esposo á caballo á la Castellana.

AMALIA. Montar á caballo, qué gusto!

ASUNC. Por supuesto, que yo iré con vosotros!

TEOD. Ya lo hemos oido tres veces con esta.

ASUNC. Verás, verás que amazonas nos vamos á hacer!

TEOD. (Montar á caballo... Dios mio! Dios mio!)

ESCENA VIII.

DICHOS, PEPE.

Nuevo, con sevoleta

PEPE. Cuando ustedes gusten pueden pasar al comedor.

TEOD. Vamos! Oye, Pepe. (Ap. á Pepe.) (Te vuelvo á tomar lo que te dí ántes.

PEPE. Pero señor...

TEOD. En cambio te regalo las batas y las zapatillas que encontrarás...)

ASUNC. (En la puerta del foro.) Vamos, Teodoro?

TEOD. Voy, mamá, voy! (Desesperado.) (Y ahora, vuelta á empezar!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante. Á la derecha se supone un salon de baile. Mesas de juego á la izquierda. Divanes, butacas, etc. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

AGUILAR y MENDOZA, luégo ENRIQUEZ.

Al levantarse el telon, Aguilar está medio dormido en una butaca. Mendoza, mirando con señales de aburrimiento al salon de baile.

MEND. ¿Qué hora es, Aguilar?

AGUILAR. (Mirando el reló de sobremesa.) Las doce.

MEND. Cómo? Las doce nada más?

AGUILAR. (Abatido.) Nada más.

MEND. Por fuerza han atrasado ese reló. Aún hay gentes que cuando dan reuniones, tienen la imbecilidad de atrasar el reló para que duren más.

AGUILAR. Creo á Luisita muy capaz de semejante crímen.

MEND. Es tan aficionada á estas estúpidas diversiones, que no satisfecha con los bailes que da en su casa, hace que su tia los dé para tener el placer de hacer ella los honores.

ENR. (Entrando por el foro.) Calle! Mendoza! Tú por aquí?

MEND. Sí, chico. Llegas ahora?

ENR. Ojalá! Estoy aquí desde las nueve y media.

MEND. Has visto á mi mujer?

ENR. Sí! Está al lado de la mia. Y la tuya, Aguilar?

AGUILAR. Allí, en el salon grande.

ENR. Ah, sí, ya la veo. Quién es ese con quien está bailando?

AGUILAR. Un imbécil.

ENR. Qué se llama?...

AGUILAR. No lo sé, pero puesto que saca á bailar á mi mujer, es un imbécil. Si mi mujer no bailara... (Bostezando.) nos iríamos á casa y podría acostarme.

ESCENA II.

DICHOS, AMALIA, DOÑA ASUNCION, TEODORO y luégo LUISA y Fernando.

Las señoras, al entrar, dan sus abrigos á un lacayo. Teodoro llega quitándose el suyo.

TEOD. (Teniendo dos ramos enormes, al lacayo.) Tome usted; ponga usted juntos estos abrigos. Ah! y mi gaban. Ah! ponga usted en el bolsillo de la derecha mi bufanda. Ajajá. Á ver el número? Ochenta y uno. Diantre! Permítame usted; es ochenta y uno ó diez y ocho? Porque le diré á usted; la semana pasada me dieron el seis en vez del nueve, y tuve que cargar con un sobretodo de verano, estando á dos bajo cero. No puedo recordarlo sin estornudar. Atchís...

AGUILAR, ENRIQUEZ y MENDOZA. Jesús, María y José.

TEOD. Gracias. Calle! Aguilar... ¿Qué tal, amigos mios? (Aguilar, Enriquez y Mendoza estrechan las manos á Teodoro. Este cambia con ellos el saludo.)

AMALIA. Qué mal peinada estoy, mamá; arréglame un poco estas flores.

ASUNC. Sí, hija mia. (Arreglándose el vestido.) Bueno me ha puesto tu marido el traje. Todo me lo ha chafado.

TEOD. Cómo! Yo? Pues si me han hecho ustedes venir en el pescante.

LUISA. (Entra acompañada de Fernando.) Vamos, por fin... Las

doce y media. Vaya una hora de venir.

FERN. Cómo tan tarde?

ASUNC. No me hables, hija. Si vieses qué desesperado estaba Teodoro! (Saludándole.)

AMALIA. (Saludando.) Fernando!...

TEOD. Y con razon.

AMALIA. Figúrate que se me habia perdído el adorno de flores de la cabeza, y por más que le buscábamos imposible dar con él, hasta que por fin pareció...

LUISA. Dónde?

AMALIA. En el fondo de un cajon de la mesa de mi marido.

FERN. De veras?

TEOD. (Muy serio.) Parece increible, eh?

ASUNC. Y qué desesperado estaba Teodoro!

TEOD. Y con razon! (Señales de inteligencia maliciosa entre Teodoro y Aguilar.)

LACAYO. El cochero de estos señores pregunta que á qué hora ha de venir á recogerlos.

TEOD. Dígale usted que á las...

AMALIA. No, hay que ser razonable, ya sabes que me lo has prometido. Á las dos y media.

ASUNC. Tan pronto?

TEOD. Pues bien, diga usted al cochero que vuelva á las dos y cuarto.

AMALIA. No, á las dos y media.

TEOD. Lo mismo da; un cuarto de hora más ó ménos...

AMALIA. Acuérdate que mañana tenemos que ir al baile de la embajada.

LUISA. Es verdad!

ASUNC. Un baile de trajes. Yo voy á estrenar un traje de manola.

TEOD. (Suspirando.) Y yo uno de pastor de la Arcadia.

ASUNC. Se lo he escogido yo, porque como el pobrecillo nunca se ha disfrazado...

TEOD. Cierto, yo nunca... (El mismo juego de ántes con Aguilar.)

FERN. (Á otro can con ese hueso!)

LUISA. Conque vamos al salon?

AMALIA. Como quieras.

ASUNC. Sí, sí. (Muy impaciente.)

TEOD. Tomen ustedes sus *bouquets*.

ASUNC. Dame mi abanico.

AMALIA. Y el mio.

TEOD. (Entregando los objetos que indica el diálogo.) Ahí van los dos.

AMALIA. Mi libro de memorias.

ASUNC. Y el mio.

TEOD. Ahí van. ¿No les falta á ustedes nada? Ah! Y el coronel?

ASUNC. (Llevándose la mano al medallon que debe tener puesto.) Cielos! Ah, no, está aquí. Qué susto me has dado.

TEOD. Hubiera usted podido perderlo al bajar del coche.

ASUNC. No lo permita Dios.

FERN. Amalia? (Ofreciéndola el brazo.)

AMALIA. Gracias. Hasta luégo, Teodoro, que te diviertas mucho.

TEOD. Sí, sí.

ASUNC. No comprometas el cotillon; quiero bailarlo contigo.

TEOD. Bueno, bueno. (Como no lo bailes con otro!) (Vánse Fernando, Amalia, Luisa y doña Asuncion.)

ESCENA III.

TEODORO, AGUILAR, MENDOZA y ENRIQUEZ. Los tres amigos rodean á Teodoro.

TEOD. Por fin se fueron. Uf! Ya puedo respirar!

AGUILAR. Picaron!

TEOD. Eh?

AGUILAR. Conque escondemos los prendidos en el cajon de la mesa?

TEOD. Sí, para lo que me ha servido...

AGUILAR. Ahí es nada. Venir á las doce y media... Yo que estoy aquí desde las nueve! Y eso que como tú, no hago más que inventar procedimientos para quedarnos en casa. Sin ir más lejos, hoy he querido estrangular á la peinadora de mi mujer, pero el temor de que me enviaran á presidio me hizo desistir.

TEOD. Yo el otro dia derramé un tintero en el traje de Amalia; como era de preveer, nos quedamos en casa y pude aquella noche dormir perfectamente, pero luégo me convencí de que es un sueño muy caro; me costó á razon de veinticinco duros por hora. (Suena dentro la música.)

AGUILAR. Qué diablos de sonsonete es ese que están tocando?

ENR. La cuadrilla de *La Bella Elena.*

AGUILAR. De *La Bella Elena?* Parece increible; tan bonita en los Bufos y tan estúpida aquí.

TEOD. Lo que yo no acierto á comprender es qué gusto sacan nuestras mujeres en saltar y brincar con esos imbéciles.

MEND. Yo tampoco!

AGUILAR. Lo extraño es que alguno de esos imbéciles tiene talento.

TEOD. De dia solamente.

AGUILAR. Y que esos necios nos llaman inválidos!

TEOD. Inválidos!... Ó lo que es lo mismo, soldados viejos ó estropeados, cuando lo más que tenemos son... yo por mi parte, treinta y nueve años. Y vosotros?

LOS TRES. (Á un tiempo.) Lo mismo.

TEOD. Todos tenemos la misma edad. Y ademas somos fuertes, robustos y capaces aún de hacer más que todos ellos.

AGUILAR. Y no digamos ántes.

TEOD. Ántes! Cuando empalmábamos los bailes y las cenas con aquellas suripantas, dignas de mejor suerte. ¿Os acordais de la Matilde?

ENR. Pues y Consuelo?

MEND. Y Ángela?

AGUILAR. Y Mercedes?

TEOD. Y todas! No, no hubieran bailado ellas por el sólo placer de bailar!

AGUILAR. Qué tiempo aquel!

TEOD. Llamarnos inválidos porque tenemos sentido comun. Al fin mujeres!

ESCENA IV.

DICHOS, D. LÚCAS. Todos los personajes que hay en escena, saludan con vivas muestras de satisfaccion á D. Lúcas.

LUCAS. Buenas noches, señores. Me voy á la cama.

TEOD. Don Lúcas!

MEND. Hombre afortunado!

AGUILAR. Mortal feliz!

ENR. Filósofo incomparable!

LUCAS. Gracias. El baile está muy animado, y probablemente tendrán ustedes hasta las cinco de la mañana. Yo en cambio, dentro de media hora, estaré en mi camita! He dicho. Buenas noches, caballeros!

AGUILAR. Burlarse de la desgracia! Eso es poco noble!

ENR. Anti-caritativo.

MEND. Egoista.

TEOD. Y tu mujer?

LUCAS. Mi mujer? Ahí la dejo bailando con un caballerete, un tipo. Yo he saludado á Luisa, me he tomado un helado y me voy á la cama. (El Lacayo le trae un gaban, que se pone.) Ah, me olvidaba! Mendoza, tu mujer me ha encargado que te llame.

MEND. Si querrá marcharse? Corro... (Váse.)

ENR. Espera. Voy á acompañarte. (Id.)

AGUILAR. Y yo tambien. Quiero ser testigo de tu felicidad. (Id.)

ESCENA V.

TEODORO y D. LÚCAS.

LUCAS. Buenas noches, Teodoro.

TEOD. Te burlas de mí? Ah! No tienes corazon!

LUCAS. Pobre Teodoro. ¿Estarás cansado, eh?

TEOD. Cansado no, rendido. Cuando yo pensaba hacer punto final á mi azarosa vida, tengo que volver á empezar. Baile ayer, baile hoy, baile mañana. Me he equivocado, dos bailes mañana.

LUCAS. Y por qué vas á ellos?

TEOD. Eh?

LUCAS. Te pregunto, por qué vas á ellos? Haz lo que yo.

TEOD. Lo que tú? Y qué es?

LUCAS. Toma, no ir.

TEOD. Bah!

LUCAS. (Toma una silla y se sienta al lado de Teodoro.) Vas á hacer que me acueste tarde, pero mañana me desquitaré.

TEOD. Dichoso tú que no tienes dos bailes á que asistir!

LUCAS. Te equivocas, tengo tres, pero como no voy...

TEOD. Eso simplifica la cuestion. Pero explícame...

LUCAS. Á eso voy. Yo me casé para descansar de la vida de soltero.

TEOD. Yo tambien, pero...

LUCAS. Al casarme quise desde luégo hacer mi programa, esto es, decir á Clotilde, mi mujer: «Hija mia, hace veinte años que no he dejado un solo dia de bailar,» al decir bailar me refería tambien...

TEOD. Comprendo.

LUCAS. Por lo tanto, proseguí, necesito descansar.

TEOD. Eso mismo digo, es decir, quisiera decir yo.

LUCAS. Pero...

TEOD. Hubo un pero?

LUCAS. No, un coronel de caballería, cuyo ejemplo me horrorizaba, no te digo su nombre, ya comprenderás porqué.

TEOD. (Reflexivo.) Un coronel, y de caballería!

LUCAS. Este señor dijo á su mujer lo mismo que yo quería decir á la mia, pero de un modo tan brusco, que la tal frase la produjo una indignacion sin límites. Y como no ignoras que las mujeres indignadas...

TEOD. Sí, prosigue, me haces temblar!

LUCAS. Yo era jóven, ella bonita... un talle así!

TEOD. (Diantre, y como ha cambiado!)

LUCAS. Quise explotar la falta del coronel.

TEOD. Y...

LUCAS. No, pero ~~me faltó muy poco para~~ no pude conseguirlo.

TEOD. Ah! (Respiro, hé aquí un hombre que ha estado á punto de ser mi suegro!)

LUCAS. Ante ese ejemplo, me propuse ser más diestro que el coronel, y empecé por manifestar un vivo placer en asistir á bailes, reuniones, etc.

TEOD. Ese es mi estado actual.

LUCAS. Despues, una noche, me puse malo, y tuve que quedarme en casa.

TEOD. Y tu mujer?

LUCAS. Se fué al baile con su madre.

TEOD. Hombre! Yo tambien tengo una mamá que...

LUCAS. Otro dia inventé unos dolores reumáticos que me produjeron un excelente resultado. Otro... pero á qué cansarte, á la cúarta ó quinta vez que empleé este procedimiento, mi mujer se marchaba al baile con su madre, por supuesto, sin preocuparse de si yo podía ó no acompañarla. Desde entónces, una especie de convenio tácito ha arreglado nuestras relaciones; yo me acuesto á las nueve y ella sale á las diez; ella baila y yo duermo; ella se divierte y yo descanso; ella tiene veinticuatro años y yo cuarenta y dos. Conque chico, sigue mi ejemplo y adios, me voy á la cama. (Se levanta.)

TEOD. Antes permíteme...

LUCAS. No, no. Ya me has entretenido mucho y si Clotilde me viera, sería capaz de creer que me iba desarreglando. Conque buenas noches, Teodoro. Valor y no seas niño, á la cama cuanto ántes! (Váse.)

ESCENA VI.

TEODORO. Mira con envidia á Lúcas y dice despues que éste ha desaparecido.

Sí, tiene razon, no hay más que ese medio, y poniéndolo en práctica, no como el coronel, Dios me libre, pero sí como Lúcas, espero conseguir...

Prohibida

ESCENA VII.

DICHOS, FERNANDO, por la derecha; trae un abanico en la mano.

FERN. No puedo más. Estoy rendido de tanto bailar. Pero qué mujeres tan guapas se han reunido esta noche. Calle! Teodoro, usted aquí cuando todo el mundo baila que se las pela? Yo acabo de bailar un vals con Clotilde, la mujer de D. Lúcas. ¡Qué mujer, amigo mio, qué mujer. Es una sílfide, y además incansable. Tengo con ella todos los bailes de esta noche. Y ahora que caigo, me he traido su abanico.

TEOD. Segun parece se divierte usted.

FERN. Mucho, muchísimo. Y cómo no; bailando con hermosas mujeres al compás de una deliciosa música?

TEOD. Deliciosa?... Sí... (Ap.) (No ha visto *La Bella Elena* en los Bufos!)

FERN. Quisiera que durase el baile hasta las cinco de la mañana.

TEOD. (Ap.) (No lo permita Dios!) (Alto.) De modo que está usted?...

FERN. Entusiasmado... loco! Cómo no estarlo? Sí, amigo mio: hasta la edad de veintidos años he vivido en Vich con mi tia la marquesa del Olmo, la cual me dió una educacion lo más austera que puede usted imaginarse. Á esa edad, aún no sabía yo lo que era una mujer.

TEOD. Cómo? No las había en Vich?

FERN. Vaya si las había... pero mi educacion... Al cumplir los veintidos años me casaron con Luisa, que era algo más jóven que yo. Como era natural, no tardamos en entendernos, y creo inútil decir á usted con qué entusiasmo nos entregamos al goce de todos esos placeres que hasta entónces nos habían sido desconocidos.

TEOD. (Ap.) (Este era el hombre nuevo que buscaba mi suegra para Amalia.)

FERN. Sí, amigo mio; esta vida me encanta, me embriaga... encuentro deliciosos todos los placeres, y encantadoras

á todas las mujeres.

TEOD. Principalmente la de usted.

FERN. Sí; primero la mia, y luégo la de los demas.

TEOD. Cómo!

FERN. Sí; todas las de los demas.

TEOD. De modo que la mia tambien?

FERN. Tambien!... Es que es muy guapa su mujer de usted.

TEOD. Sí... sí...

FERN. Vaya si es guapa, y ademas tiene... en fin, que es encantadora.

TEOD. (Ap.) (Me escama ese entusiasmo.) Vamos, veo que le han casado á usted demasiado jóven.

FERN. Sí?... Pues mire usted, tal vez tenga usted razon!

TEOD. Y tan guapas va usted á encontrar á esas señoras, que concluirá usted por...

FERN. No, no concluiré; he concluido ya. (Gravedad cómica.)

TEOD. Lo que yo decía.

FERN. Usted es un hombre ya maduro.

TEOD. Hombre, eso de maduro... tengo treinte y nueve años nada más.

FERN. No importa, quiero confiárselo á usted todo, y tal vez pueda usted darme un buen consejo. Creo que he hecho algunas tonterías.

TEOD. No me coge de sorpresa.

FERN. Cuando Luisa fué á Andújar para asistir á la boda de usted y Amalia, me quedé solo, absolutamente solo, y entregado á mí mismo.

TEOD. (Ap.) (No se puede dejar á los niños solos.)

FERN. Entónces fué cuando empecé á observar lo hermosísima que era.

TEOD. Quién? Luisa?

FERN. No, hombre; la que decía á usted ántes. Clotilde, la mujer de don Lúcas.

TEOD. Sí, eh? (Ap.) (Diantre!)

FERN. Como es natural, la hice el oso.

TEOD. Naturalmente. (Intencion.) no podia v. hacer otra cosa.

FERN. Mi amor la hacía reir, pero su risa me envalentonó; y una

noche, al salir de un baile, fuí tan pillo, que me subí en el pescante de su carruaje.

TEOD. Cómo! Y no temió usted que el marido?...

FERN. El marido? Cá! hombre; si se acuesta á las nueve; estaría roncando!

TEOD. Cierto! Se acuesta á las nueve!

FERN. Al verme en la puerta de su casa, cuando llegamos á ella, Clotilde se echó á reir otra vez!

TEOD. Y usted siguió envalentonándose.

FERN. Precisamente! Así es que esta mañana... Aquí empiezan las tonterías?

TEOD. Cómo? aquí?... Yo creí que habían empezado ya.

FERN. Pues bien; esta mañana, despues de un almuerzo fuerte, despues de beber Champagne... Es raro! siempre que bebo Champagne, me sucede algo extraño.

TEOD. Amigo mio, es que ha empezado usted á beber muy tarde. Es preciso empezar la campaña en la primera edad, como el profesor de violin. Continúe usted.

FERN. Para concluir, diré á usted que he escrito una carta.

TEOD. Una carta? ¡Ay, ay, ay!

FERN. He sobornado á la doncella, valiéndome de mi astucia y de un billete de cuatrocientos reales, y ella, buena y compasiva, se ha comprometido á colocar la carta sobre la chimenea del tocador de su ama; de modo, que Clotilde hallará mi epístola esta misma noche.

TEOD. Desgraciado!

FERN. He cometido una simpleza, verdad?

TEOD. Pero grave. No se haga usted el inocente, hombre. (Infeliz!)

FERN. Daría cualquier cosa por recoger esa carta que es causa de todo esto; pero ya no hay tiempo.

TEOD. Amigo mio, parece increible tanta candidez! (Música dentro.)

FERN. (Repentinamente.) ¡La mazurka! Dispénseme usted, voy corriendo; he comprometido para bailar esta mazurka á su señora de usted. (Váse corriendo.)

mazurka picuno.

ESCENA VIII.

TEODORO, preocupado.

¡Canario! Ha invitado á mi mujer! Digo! para acostarme á las nueve de la noche! No, yo no dejo á Amalia ni un momento; la seguiré á sol y á sombra, y si es preciso moriré, pero moriré en la brecha. Voy en su busca; yo no me considero inválido todavía.

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA ASUNCION, foro derecha.

ASUNC. Encantador! Delicioso! ¿Pero dónde está mi yerno? Eh! Teodoro!

TEOD. (Viéndola.) Ah, es usted, mi querida mamá? Viene usted muy cansada? Habrá usted bailado mucho.

ASUNC. He bromeado con otras muchachas y...

TEOD. (Ap.) (Otras? quién será la una?)

ASUNC. Toma, toma el libro de memorias de tu mujer, no se me extravíe.

TEOD. Mi mujer! (Reparando en Doña Asuncion.) Galle!

ASUNC. Qué?

TEOD. Ha perdido usted el medallon con el coronel?

ASUNC. (Llevándose la mano al pecho.) Dios mio! pues es verdad!

TEOD. (Señalando al pecho.) Se habrá caido dentro?

ASUNC. No siento nada. Tal vez bailando. ¡Qué desgracia! (Va al foro y dice á un caballero que atraviesa la escena.) Caballero! Caballero! Ha encontrado usted á un coronel?

CAB. Señora, no he visto más que á un teniente en el salon de baile.

ASUNC. Dios mio! Dios mio! Le habrán pisado á estas horas! Ay! si levantara la cabeza el original! (Váse.)

ESCENA X.

LOS MISMOS ménos DOÑA ASUNCION, luégo LUISA.

TEOD. No nos faltaba más que este percance para detenernos en el maldito baile.

LUISA. (Entra furtivamente, se dirige al reló y le retrasa. Va á salir y se encuentra con Teodoro.) Chist! calle usted, Teodoro, he retrasado el reló. (Hace mutis.)

TEOD. (Riendo.) Buena idea! Tú le retrasas y yo le adelanto; diferencias de opinion en la medida del tiempo. Las dos y treinta y cinco minutos: esta es la hora que necesito. Dos horas de más ó de ménos. (Adelanta el reló que está sobre la mesa y el que lleva en el bolsillo.) Al mio le pongo en las dos y cuarenta. Perfectamente. Amalia! (Viendo entrar á su esposa.) Por poco me sorprende.

ESCENA XI.

DICHOS, AMALIA.

AMALIA. Dónde te metes, hombre? no se te vé y todos me preguntan por tí.

TEOD. (Sí, eh?) Me han entretenido unos amigos. Y tú, qué tal, te diviertes mucho?

AMALIA. Muchísimo!

TEOD. Pues anda, diviértete, hija, diviértete, que para tí es el mundo. (Sentándose.)

AMALIA. (Aproximándose al espejo que está sobre el reló.) No tengas cuidado, que no pierdo un minuto; me he prometido á mí misma, y tú has dado palabra de complacerme que nos retiraríamos á última hora.

TEOD. Pues ya lo creo. Figúrate quién es capaz de señalar la última hora. Nada, nada, tiempo tenemos de sobra para recogernos. (Afable.)

AMALIA. Y que no es tarde.

TEOD. Cá!

AMALIA. (Mirando el reló.) Ah! Dios mio! mira, mira.

TEOD. Qué?

AMALIA. Las dos y media de la mañana.

TEOD. Ese reló adelanta.

AMALIA. Sin duda. Mira el tuyo.

TEOD. No, para qué? adelanta de seguro ese...

AMALIA. Mira...

TEOD. Cuando te digo... (Sacando el reló con indiferencia.) ¡Ca-

ramba! las tres ménos cuarto! Ese reló atrasa!

AMALIA. Es verdad!

TEOD. Retrasa, querida, no hay duda. (Se levanta.)

AMALIA. En ese caso, nos iremos.

ESCENA XII.

DICHOS, DOÑA ASUNCION.

ASUNC. (Muy alegre.) Ya está aquí el coronel, ya ha parecido.

TEOD. Sin desperfecto?

ASUNC. De ninguna clase.

TEOD. Lo celebro infinito, no ha sido mala suerte. Eh! (Llamando.) muchacho, el número ochenta y uno... digo, no, el número diez y ocho.

ASUNC. Cómo es eso? pues qué, nos vamos?

AMALIA. Mamá, si son las tres ménos cuarto! (Entra un lacayo con los abrigos de las señoras y el gaban de Teodoro.)

ASUNC. Es imposible!

AMALIA. (Señalando al reló.) Míralo!

ASUNC. Cómo pasa el tiempo!

TEOD. (Con alegría.) Cuando uno se divierte. (Se pone su gaban y ayuda á su mujer á ponerse el abrigo.) Ahora, mujercita mia, abrígate bien.

AMALIA. Y yo que había prometido aún á cuatro jóvenes...

TEOD. Será para la semana que viene... esperarán.

ESCENA XIII.

DICHOS, FERNANDO.

FERN. Qué veo? Se marchan ustedes? Y mi cuadrilla?

TEOD. Ha fracasado.

AMALIA. Recordará usted que mi promesa era condicional. Le dije á usted que hasta las dos y media podía disponer, pero no pasada esa hora.

FERN. (Sacando su reló.) Oh! fortuna! pues si es la una y cuarto!

ASUNC. De veras? Entónces ese reló...

FERN. Está adelantado.

AMALIA. Qué placer! Aún me queda hora y cuarto de diversion!

ASUNC. Vamos al baile. Tú, Teodoro, cuida de los abrigos, ó

devuélvelos al guardaropa. (Amalia y Doña Asuncion se quitan los abrigos, que devuelven á Teodoro.)

TEOD. (Ap.) (Golpe en vago. Y qué hago yo con esto? (Por los abrigos.) Eh! muchacho... Yo no me resigno...) (Entrega los abrigos al Lacayo.)

ESCENA XIV.

TEODORO, luégo D. LÚCAS.

LUCAS. (Entrando precipitadamente.) Gracias á Dios que te hallo.

TEOD. Eres tú? Otra vez aquí?

LUCAS. Sí, yo soy. Sabes lo que me pasa?

TEOD. Nada alegre, porque tu fisonomía está alterada.

LUCAS. Escucha. Es preciso tener valor en estos casos, y lo tendré. Te había dejado para irme á la cama.

TEOD. Lo sé y te envidio.

LUCAS. No, no hagas tal. Entré en mi casa, y maquinalmente penetré en el tocador de mi esposa. Al ruido de mis pasos, la doncella que dormía, despierta sobresaltada, me reconoce y se precipita sobre una carta que estaba encima de la chimenea. Esto me sorprende: la pregunto qué papel es el que oculta, y entónces, arrojándose á mis piés, exclama: «Señor, no me lo pregunte usted, prefiero devolver el dinero que me han dado.» Y presenta ante mis ojos un billete de cuatrocientos reales. «Quién te ha dado ese billete?» exclamo. «Don Fernando Rodriguez.» Yo tenía derecho á abrir una carta que costaba veinte duros de porte; me apodero de ella, la abro, y era una declaracion de ese caballerete á mi mujer. ¿No te admiras?

TEOD. Yo! pues no me he de admirar! Y vienes á pedirme consejo.

LUCAS. No; á que me sirvas de padrino.

TEOD. Cómo!

LUCAS. Dónde está Fernando.

TEOD. Creo que se ha marchado. (Ap.) (Procuremos evitar...)

LUCAS. Te engañas, porque aquí se acerca su mujer.

ESCENA XVI.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Cómo! don Lúcas! todavía en el baile! esto es extraordinario! Para completar la fiesta va usted á bailar conmigo.

LUCAS. Dispénseme usted, señora, pero no puedo, busco á una persona.

LUISA. Me desaira usted cuando su esposa no deja ni un momento á mi marido?

LUCAS. Qué dice usted?

LUISA. La verdad, y si yo fuera celosa, creería...

LUCAS. Señora! séalo usted.

LUISA. Qué tono!

LUCAS. No debo, no puedo callar, cuando la cólera me ahoga. Luisa, sépalo usted, Fernando la engaña.

LUISA. Imposible!

TEOD. Por Dios, hombre! calla!

LUISA. Pruebas.

LUCAS. Las tendrá usted. Es una carta.

TEOD. No le haga usted caso.

LUCAS. Dirigida á mi mujer por su esposo de usted.

LUISA. Dios mio! con que es cierto? Fernando me engaña! Ah! (Cae desmayada en brazos de D. Lúcas.)

TEOD. *Tableau.* Tableau.

LUCAS. Se ha desmayado!

TEOD. Agua! un poco de éter.

LUCAS. Pronto, un médico!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, FERNANDO.

FERN. Ocurre algo? Cielos, mi mujer!

LUCAS. Caballero, es usted un miserable!

FERN. Señor mio!

TEOD. Nada de escándalos.

LUCAS. Entiéndete con las personas que te designe el señor!

TEOD. Corriente. (Ap. á D. Lúcas.) (Vea usted, la única noche que ha debido acostarse á las nueve!) (Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete en casa de Teodoro. Puerta al foro y á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

PEPE y luégo LUISA y DOÑA ASUNCION.

PEPE. (Arreglando los muebles.) Adónde habrá ido tan temprano el señorito? (Suena una campanilla.) Será él? Veamos. (Mira por la puerta del foro y dice:) Es doña Luisa, la señora del cuarto segundo.

LUISA. (Entrando.) Se ha levantado la señora?

PEPE. Cuál de ellas?

LUISA. Doña Asuncion.

PEPE. Creo que sí, porque ya ha llamado á la doncella.

LUISA. Entérese usted y pásela recado de que estoy aquí.

PEPE. Está muy bien. (Váse.)

LUISA. Oh! la impaciencia me devora! Quién había de figurarse que Fernando... Oh! todos, todos son iguales!

PEPE. (Saliendo.) Ya he avisado á la señora.

ASUNC. (Dentro.) Luisa, eres tú?

LUISA. La misma.

ASUNC. Soy contigo en seguida.

LUISA. (Hablando consigo misma y muy agitada.) Ah monstruo, infame!

ASUNC. (Sale por la segunda lateral izquierda.) Vamos á ver, ¿qué sucede?

LUISA. (Por Pepe.) Haz que se marche ese criado.

ASUNC. Qué hace usted ahí, Pepe?

PEPE. Arreglando la sala.

ASUNC. Déjenos usted.

PEPE. Bien, señora. (Váse.)

ASUNC. (Sentándose al lado de Luisa.) Qué ocurre? La ridícula escena representada en el baile, el escándalo de don Lúcas, tendrá consecuencias?

LUISA. Mi agitacion puede responder por mí. Pero vamos por partes, y te convencerás en cuanto me oigas de que nosotras somos siempre juguete de esos tunantes.

ASUNC. Ah!

LUISA. Apenas salí del baile, hallándome á solas con Fernando, empecé á recriminarle con dureza

ASUNC. Bien hecho.

LUISA. Le insulté, le dije... qué sé yo lo que le dije! Pero esto no hace al caso. Le aseguré, que si la carta que espero confirma su acusacion, no le permitiré permanecer en Madrid ni siquiera un minuto más, ni poner los piés en un baile, ni...

ASUNC. Muy bien dicho.

LUISA. Se arrojó á mis plantas, protestó que le habían calumniado, que no había pensado nunca sino en mí.

ASUNC. Entónces tú levantarías los hombros en señal de indiferencia?

LUISA. No hice tal cosa.

ASUNC. ¡Ay, ay, ay!

LUISA. Las mujeres somos tan crédulas... Pero ¿qué hemos de hacerle? Trataba de justificar su conducta con tan persuasiva expresion, me aplicaba unos nombres tan lisonjeros y tan... Porque, eso sí, tiene una habilidad y una gracia cuando quiere disculparse, que...

ASUNC. Yo acusé muchas veces al coronel, y no conseguí una justificacion tan tierna. Murió impenitente como había vivido.

LUISA. Fernando llegó al extremo de llorar, yo lloré tambien, se confundieron nuestras lágrimas; luégo me hizo reir,

y por último...

ASUNC. Caiste en la red, porque apostaría cualquiera cosa á que todo eso no es sino artificio, un lazo infame.

LUISA. Infame! criminal! esos son los verdaderos calificativos. Despierto esta mañana, abro los ojos, miro y... nada, no había nadie á mi lado, estaba sola. Se había escapado furtivamente. Llamo, y me entero de que el caballero había salido en coche á las seis de la mañana. (Ambas se levantan.)

ASUNC. ¡Qué indignidad! ¡qué picardía! que...

LUISA. No, no busques más calificaciones; yo no he hallado otras más fuertes, más duras. Estoy resuelta, parto, y me le llevo.

ASUNC. Pero aguarda, no se debe proceder de ligero, hacen falta pruebas irrecusables.

LUISA. Justamente, y para eso tendré las pruebas que necesito: una carta que aguardo con impaciencia febril. Á las diez debo recibirla, pero si á las diez en punto no la recibo, iré á casa de D. Lúcas y tú me acompañarás, ¿no es cierto?

ASUNC. Pero...

LUISA. Ah! yo te suplico que no me abandones.

ASUNC. Bien, bien, ¡pobre Luisa mia! iré. ¡Dios mio, si Teodoro hiciera otro tanto con mi hija!... Sí, sí, iremos juntas.

LUISA. Yo le diré...

ASUNC. Las dos le diremos...

LUISA. Amigo mio, usted es un hombre honrado y digno, un hombre de palabra, y está usted obligado á probar que Fernando es culpable.

ASUNC. Que nos ha engañado.

LUISA. Ó en caso contrario, que le ha calumniado usted.

ASUNC. Lo cual fuera una cobardía.

LUISA. Estamos de acuerdo y voy á vestirme.

ASUNC. Y yo tambien.

LUISA. En seguida vendré á buscarte.

ASUNC. Bueno.

LUISA. Hasta ahora. Ah, si Fernando me engaña!

ASUNC. Adiós! (Váse Luisa por el foro y Doña Asuncion por la izquierda.)

ptadiva

TEOD. (Asomando la cabeza por la puerta de la derecha.) Ya se han marchado. Vengan ustedes.

ESCENA II.

TEODORO, FERNANDO y D. LÚCAS.

Fernando con un brazo sostenido en un pañuelo, como si saliese herido.

FERN. Está usted seguro de que ha salido mi mujer?

TEOD. Y mi suegra tambien, no tenga usted cuidado.

FERN. (Tocándose el brazo vendado.) ¡Caramba! cómo me escuece!

TEOD. Le incomoda á usted, eh? Eso no es nada, no tenga usted miedo, produce siempre el mismo efecto. Siéntese usted, amigo mio.

FERN. (Sentándose á la derecha.) Con mucho gusto.

LUCAS. (Que ha estado paseándose desde que entró, se deja caer sobre el sofá.) Qué cansado estoy!

TEOD. El asunto se ha arreglado á satisfaccion de todos.

FERN. Á satisfaccion de ese caballero.

TEOD. (Á D. Lúcas.) Sabes que has adelantado mucho en la esgrima? En cambio el señor... francamente...

FERN. He tirado de una manera desastrosa. Lo sé.

TEOD. En lugar de cubrirse, tenía usted unos descuidos... en uno de ellos fué cuando le alcanzó... (Señalando á Don Lúcas.)

LUCAS. (Ap. y dando una patada en el suelo.) (¡Duelo estúpido!)

TEOD. Calla! ¿Qué te pasa? Todavía no estás satisfecho? El honor ha quedado en salvo y veo que murmuras y...

LUCAS. Pues no estoy contento. (Con sequedad.)

TEOD. Sepamos por qué.

LUCAS. (Levantándose lo mismo que Fernando.) Porque nos han visto, nos habrán reconocido quizá al entrar en la Casa de Campo con los sables; se hablará de este duelo;

se dirá que me he batido con este caballero por mi mujer, y esto me disgusta tanto, que no quisiera se hubiese verificado el lance.

FERN. Soy de la misma opinion.

TEOD. Pero ¿qué pueden decir? Que este señor ha escrito una carta á tu mujer, que tu mujer no ha leido siquiera, y nada más.

LUCAS. Pues eso es suficiente. Me duele que este caballero me haya herido.

FERN. No, perdone usted, el herido soy yo.

LUCAS. Herido en el corazon, quise decir.

FERN. Es mucho más sensible la herida en un brazo, créame usted.

TEOD. Pero señores, señores. (D. Lucas se sienta á la derecha.)

FERN. Y si fuera eso sólo, enhorabuena. Yo estaba ya reconciliado con mi mujer, y si ahora descubre que la he engañado, ¿saben ustedes lo que me amenaza? Pues me amenaza el destierro.

TEOD. ¿En Terranova? ¿En la Siberia? ¡Ay! esa desgracia no me ocurrirá á mí nunca! Pero hombre, y ¿quién ha de ir á contárselo todo á su mujer de usted? ninguno de nosotros tres, de seguro.

FERN. Este brazo me descubrirá.

TEOD. No; lo que verá es que está usted herido.

FERN. Pues justamente. ¿Y esa carta, esa maldita carta que la ha ofrecido enviarle este caballero?

TEOD. Esa carta no irá á su destino.

LUCAS. (Levantándose.) Que no irá?

TEOD Es claro; porque tú no la enviarás.

LUCAS. Y qué quieres que haga? Me he comprometido solemnemente á entregar esa prueba, y aquí está dentro de un sobre. Si no cumpliera mi palabra, ¿qué dirían de mí?

TEOD. Tú eres el que puedes decir que te has equivocado lastimosamente; que esa carta era de otro, de cualquiera; (De repente como si le ocurriera esta idea.) mia, por ejemplo.

LUCAS. Tuya?

FERN. De usted?

TEOD. (Tomando la carta.) Sí, mia; ¿qué tiene eso de particular? ¿Tú no quieres que tu mujer se comprometa y quede en ridículo? (Á Lúcas.) Pues bien, supon que te has batido conmigo, [redacted]! ¿quién puede suponer que la causa ha sido tu esposa?

LUCAS. Hombre, nadie; pero de no ser por ella, ¿por quién ó por qué causa hemos llegado á ese terreno?

TEOD. Toma! toma! por cualquiera nimiedad, por cuestiones políticas. Yo me encargo de arreglarlo todo á satisfaccion. Á tí te salvo de las murmuraciones, y á usted del destierro. En cuanto á mí... En cuanto á mi... seré ingénuo; me guia el egoismo; me propongo sacar partido de esta farsa. Tú, Lúcas, te largas ahora mismo; vas á Fornos, al Veloz Club, al Casino, y en todas partes refieres á todo el que quiera oirte entre tus amigos, que te has batido conmigo; haces circular por todo Madrid la noticia, y verás...

LUCAS. Si todo consiste en eso... voy corriendo. (Va á salir y vuelve.) Conque por causas políticas?

TEOD. Justamente.

LUCAS. Bien. (Váse por la derecha.)

FERN. Pero y yo?

TEOD. Usted? usted no se ha batido con nadie; ha sido usted testigo del lance y nada más.

FERN. Es decir, que puedo subir á mi habitacion en busca de mi esposa, y...

TEOD. Y se arrojará en los brazos de su marido.

FERN. Caramba! y si me lastima el brazo herido?

TEOD. Hombre, y á mí, ¿qué me cuenta usted de eso? Quítese usted el vendaje.

FERN. Demonio! y la herida?...

TEOD. Coloque usted el brazo así, ocultando la mano entre el chaleco y la camisa, y... Es una posicion de buen tono, y sobre todo, muy cómoda.

FERN. Está bien; ahora deme usted esa carta. (Haciendo lo que

le ha dicho Teodoro.)

TEOD. Eso no puede ser; la necesito; (La abre y lee sonriendo.) debe ser notable. «Señora: ver á usted y amarla, todo »ha sido...» (Sin leer.) cuestion de un momento. ¿No es esto? (Á Fernando.)

FERN. Ya sé que la redaccion es estúpida.

TEOD. (Ap.) (Tener que copiar estas sandeces!) (Alto.) Ea, yo me voy, pues, tengo mucho que hacer. Á ver si usted sabe desempeñar su papel con discrecion, que yo por mi parte no he de perjud car el éxito de la obra. (Ap. a salir.) (¡Y me había casado para descansar!) (Váse por la derecha. Fernando va á salir por el foro y se encuentra con su mujer que llega.)

ESCENA III.

FERNANDO, LUISA, en traje de calle, y luégo DOÑA ASUNCION.

FERN. (Con alegría.) Luisa mia!

LUISA. (Con sequedad.) Ni una palabra, caballero!

FERN. Pero mujer...

LUISA. No se acerque usted á mí, no me hable usted, no quiero saber nada. He buscado á Asuncion, y...

ASUNC. (Entrando.) Y aquí estoy. ¡Calla! ¿Usted por acá, Fernando?

LUISA. (Á su esposo.) Si quiere usted puede esperarnos. Volveremos pronto: tengo un carruaje en la puerta y voy á casa de don Lúcas, es decir, vamos á casa de don Lúcas. Volveré en breve con las pruebas necesarias para confundir á usted. Esa carta, esa carta...

FERN. Mi carta? ¡Ah, ya! Conque va usted en busca de mi carta? Pues está usted fresca! Anda, anda; ardo en deseos de ver esa carta. Voy á divertirme examinándola. (Van á salir las mujeres y aparece por el foro Pepe.)

ESCENA IV.

DICHOS, PEPE.

PEPE. (Con una carta en la mano, dirigiéndose á Luisa.) Esta carta han traido para la señora.

FERN. (Con sobresalto.) Cómo!

LUISA. Una carta?

ASUNC. De parte de quién?

PEPE. De don Lúcas Soto.

FERN. (Ap.) (Ah, infame! ¡De don Lúcas!)

LUISA. (Con satisfaccion.) Ah!

PEPE. Se la ha entregado á su ayuda de cámara al regresar del baile. (Váse.)

FERN. (Ap.) (Pero señor, esto es una alevosía, una traicion!) (Alto.) Eh! Pepe! (Va á salir detrás del criado y su mujer le detiene.)

LUISA. No saldrá usted.

FERN. Luisa, yo te suplico que no leas esas tonterías.

LUISA. Sí, sí, quiero leer, quiero convencerme de tu infamia, de tu deslealtad.

FERN. Mira que es el secreto de una mujer. (Ap.) (Ese Teodoro lo ha embrollado todo!)

LUISA. Tiembla usted, eh?

FERN. Tiemblo por ella, querida Luisa, y admas... oh! ademas... por doña Asuncion.

ASUNC. Cómo es eso? ¿Qué dice usted?

FERN. (Ap.) (No sé lo que digo!)

LUISA. Silencio! Llegó la hora. (Rompe el sobre y lee.)

FERN. (Con tono melodramático y ap.) (Todo ha concluido ya!)

LUISA. (Leyendo.) «Señora: verla á usted y amarla...» (Hablado y abrazando con efusion á Fernando.) Verla y... ¡Ah! Fernando mio!

ASUNC. Qué es esto?

FERN. (Ap., sorprendido y procurando ver la carta.) (Ay, ay, ay, mi brazo!)

ASUNC. Pero qué ocurre?

LUISA. Mira, mira, ¡es inocente! Esta letra no es la suya!

FERN. (Con asombro.) Que no es mia?

LUISA. No, no eras tú, Fernando mio. (Apoyándose en el brazo herido despues de darle la carta á Doña Asuncion.)

ASUNC. (Leyendo.) «Señora: ver á usted, y...» (Colérica.) Ah! infame! Monstruo!

LUISA y FERNANDO. Qué?

ASUNC. Es de mi yerno, es su letra! El traidor engaña á mi hija!

LUISA. Es posible!

ASUNC. Y por quién? Por una coqueta, y... (Furiosa.) Merece la muerte!

LUISA. Y más todavía; pero por Dios, no grites, Amalia puede oirnos.

ASUNC. Sí, tienes razon: no quiero que ella se entere de la inmensidad de su desgracia; que lo ignore, que lo ignore; pero necesito gritar, desahogarme y ahogar á ese títere. Voy á sacar á mi hija de casa, la llevaré á cualquier parte, y despues... volveré para entenderme con mi yerno. Ah! miserable, le sacaré los ojos! (Váse por el foro.)

LUISA. Jesús!

FERN. Ave-María!

ESCENA V.

LUISA y FERNANDO.

LUISA. (Abrazando á su marido.) Perdóname, Fernando mio!

FERN. (Ap.) (Ay! voto va! me hace ver las estrellas!)

LUISA. Soy una ingrata y no me perdonaré nunca mi ligereza. Pero tú sí me perdonas; ¿no es verdad, esposo mio, no es verdad que me perdonas? (Abrazándole de nuevo.)

FERN. (Procurando desprenderse de ella.) Sí, sí, tranquilízate, hija, tranquilízate.

LUISA. Ah! qué bueno eres! Déjame que te abrace! (El mismo juégo.)

FERN. (Ap.) (Canario, yo no puedo sufrir más!...)

LUISA. Fernando, me quieres?

FERN. Sí, hermosa, mucho, pero... pero me estás lastimando.

LUISA. Cómo!

FERN. (Sentándose en el sofá.) No; digo que me lastima oirte. Tú qué has hecho, en qué me has ofendido?

LUISA. (Sentándose á su lado.) Suponerte capaz de faltarme! Y no sabes por qué? Parece inverosímil... ¿qué quieres? la pícara malicia que nos aconseja á las mujeres. Tu salida esta mañana temprano, á las seis... Perdona, Fernando; ya ves, como si tú no fueras dueño de salir cuando te acomodase; tú, que eres libre, que debes serlo...

FERN. Pues nada más senciilo que mi salida.

LUISA. No, no me la expliques, no quiero, no debo saberlo, no merezco tu confianza. No es verdad que no soy digna?... (Transicion.) Pero vamos á ver, ¿concibes tú la conducta alevosa de Teodoro? no merece un castigo terrible? ¡Escribir una carta, hacer el amor á la esposa de un amigo de veinte años!

FERN. Ah, eso es criminal, y yo lo condeno y... la generacion actual está perdida. ¡Pobre sociedad! ¡pobre siglo! (Ap.) (No sé lo que hablo.)

LUISA. Pero qué carta! qué carta! «Señora, ver á usted y amarla...» Hasta el estilo es cursi y estúpido.

FERN. Sí, muy estúpido! (Sonriendo.)

LUISA. Qué imbécil!

FERN. (Ap.) (Cómo halagan estas lisonjas!)

ESCENA VI.

DICHOS, PEPE y una CRIADA.

Jrovo.

PEPE. (Desde el foro.) Entre usted, que aquí está su señora.

LUISA. ¿Qué ocurre, Victorina?

Jrovo

CRIADA. Señora, un guarda de la Casa de Campo trae esta cartera que ha encontrado esta mañana en aquel paseo.

FERN. (Ap.) (Cielos! la mia.)

CRIADA. Y como dentro ha visto tarjetas con las señas de la casa y el nombre del señor...

FERN. (Levantándose precipitadamente.) Sí, sí, venga. (Coge la cartera.)

LUISA. Has estado esta mañana en la Casa de Campo?

FERN. Sí, he estado á pasearme; ya iba á decírtelo cuando ha entrado esa muchacha. Es un sitio delicioso! Si vieras cuanta caza hay!

LUISA. Dónde dice ese hombre que ha encontrado la cartera del señorito?

CRIADA. En el sitio mismo donde se ha verificado el duelo.

LUISA. (Sobresaltada.) El duelo dices? Ah! corre, dale esa propina á ese guarda. (Da dinero á la criada que hace mutis.) Qué duelo ha sido ese? ¿Qué ha ocurrido, Fernando? Habla, habla. No, no, todo lo comprendo.

FERN. Pues si lo comprendes me ahorras la molestia de referirlo.

LUISA. El duelo ha sido entre don Lúcas...

FERN. Sí.

LUISA. Y tú?

FERN. No. Y Teodoro...

LUISA. Entónces...

FERN. Yo he sido padrino.

LUISA. (Abrazándole.) Fernando mio, qué felicidad!

FERN. Mucha, mucha! (Ap.) (¡Ay! por vida del brazo!)

LUISA. Por fortuna el error se descubrió á tiempo.

FERN. (Maquinalmente.) Sí, despues de sacudirme.

LUISA. Qué?

FERN. Despues de sacudirle, quise decir.

LUISA. Teodoro, está herido?

FERN. (Ap.) (Caramba! no hemos pensado nada de esto, y Teodoro no sabe...) Sí... un tanto herido.

LUISA. Un tanto?

FERN. Sí, un tanto cuanto... (Preocupado.)

LUISA. Y en qué parte?

FERN. En... (Ap.) (Canario! cómo me duele!)

LUISA. Pero hombre, estás completamente distraido!

FERN. Es que me mareas con tanta pregunta.

LUISA. Perdona, Fernando mio.

FERN. Sí, te perdono, pero...

LUISA. Y dónde es la herida?

FERN. En un brazo... que me... no estoy seguro. (Transicion.)

LUISA. Que no estás seguro y has sido padrino de Teodoro?

FERN. Sí, mujer, sí, en este... digo, en aquel brazo.

LUISA. En cuál?

FERN. Mujer, en el que tenía el sable, en...

LUISA. En?...

FERN. Por cierto que Teodoro es un tirador detestable.

LUISA. Sí?

FERN. Figúrate que mientras don Lúcas atacaba con más brio, no sé para qué dejaba el cuerpo al descubierto Teodoro... y... pues, en uno de esos descuidos, el contrario aprovechó la ocasion, y... ¡zás! casi le rebana.

LUISA. Ay!

FERN. No te asustes.

LUISA. Qué miedo!

FERN. No, no; si todo es cuestion de un arañazo más ó ménos profundo. (Ap.) (El caso es que no hemos hablado de estos pormenores.)

TEOD. (Dentro.) Pepe!

FERN. Él es; voy á... (Teodoro aparece por el foro con un brazo en cabestrillo. Ap.) (Ah! vendado! nos hemos salvado! Qué buen amigo es!)

ESCENA VII.

DICHOS, TEODORO.

LUISA. (Saliendo al encuentro de Teodoro.) Mi buen amigo!... Qué feliz soy! Cuando pienso que ha podido ocurrir esa desgracia á mi pobre Fernando, me estremezco.

TEOD. Mil gracias, señora, por tan afectuoso como franco recibimiento.

FERN. (Ap. y haciendo señas á Teodoro.) (Se ha vendado el brazo izquierdo!)

TEOD. (Ap. mirando á Fernando.) (Qué diablos quiere decir?)

FERN. (En voz baja á Teodoro.) (El derecho, el derecho!)

TEOD. (Ap. á Fernando.) (No puede ser; me ha visto ya tu mujer.)

LUISA. Pero no decías que la herida era en el brazo que sostenía el sable?

FERN. Bien, y qué?

TEOD. Es claro; y qué?

LUISA. (Indicando el brazo izquierdo de Teodoro.) Bueno; y qué?

TEOD. Pues tiene una explicacion bien sencilla.

FERN. Sí, sencilla, y...

TEOD. Soy zurdo.

FERN. Eso es, zurdo!

TEOD. Qué, no lo sabíá usted?

LUISA. No, no lo sabía, y por eso...

TEOD. Ahora me explico el asombro de usted, señora. Fernando sin duda habrá á usted contado que yo estaba herido, y naturalmente diría usted: «Herido... en el brazo derecho.» Vea usted demostradas las ventajas de ser... zurdo!

LUISA. Pues no veo las ventajas. Doña Asuncion estaba aquí cuando he recibido la carta de usted. «Ver á usted y amarla... etc.» ¡Qué frase tan poética y tan... (Riendo.)

TEOD. (Ap.) (Buen papel estoy haciendo!)

LUISA. Se ha llevado á Amalia, que no sabe una palabra del lance, y volverá en seguida. Ah! Teodoro! prepárese usted, porque vendrá hecha una fiera! (Se oye dentro la voz de Doña Asuncion.)

ASUNC. (Dentro.) Es imposible, Pepe; le han engañado á usted, y...

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA ASUNCION.

ASUNC. (Viendo á Teodoro.) ¡Desgraciado, vuelve inútil! (Dejándose caer en una silla.)

TEOD. No, no, señora, si... (Aproximándose á ella.)

LUISA. (Id.) Si no es nada.

ASUNC. Tendrán que amputarle...

TEOD. (Ap.) (Caracoles!)

ASUNC. Tener un yerno manco! ¡Qué afrenta para la familia! ¡Un yerno con una mano oculta!

LUISA. Vamos, tranquilízate.

ASUNC. (Levantándose.) Querida Luisa, te suplico que vayas á entretener á Amalia. La he dejado en casa de su modista, calle del Arenal. Entretenla; que compre todo lo que quiera. Nada importa, con tal de que me deje tiempo para desahogarme, gritando é insultando á ese infame! (Por Teodoro.)

LUISA. Bien, bien.

ASUNC. Necesito desahogarme.

LUISA. Vamos, Fernando, y no eches en olvido esta leccion.

FERN. Te aseguro que el dia de hoy no se me olvidará nunca. (Váse.)

ESCENA IX.

DOÑA ASUNCION y TEODORO.

ASUNC. (Muy agitada.) Vamos, no puedo creerlo. Caballero, dígame usted que no es un sueño, dígamelo usted. Pero no, no me lo diga usted; me basta la lectura de esa carta que está en mi poder, y cuya autenticidad no creo que niegue.

TEOD. (Con fingida turbacion.) No señora.

ASUNC. Y ese brazo? No le oculte usted, caballero, no le oculte usted.

TEOD. Aunque quisiera, no podría, señora.

ASUNC. Conque es verdad? Conque trataba usted de engañar á mi pobrecita hija? Usted! que no se distingue por su figura ni por su talento, ni...

TEOD. (Cariñoso.) Señora, no insulte usted á un herido.

ASUNC. Si hoy en la luna de miel hace usted eso, qué hará cuando trascurra un año?

TEOD. Vamos, mamá...

ASUNC. No se acerque usted á mí.

TEOD. Pero señora... si yo aseguro que no ha sido mi intento

hacer daño á nadie; un momento de extravío y nada más.

ASUNC. Cada vez que le miro, me parece usted más despreciable y más raro.

TEOD. He sido débil, lo confieso, hé ahí mi culpa.

ASUNC. Oh! no; la culpa de todo lo que sucede es mia únicamente. Yo he sido quien ha lanzado á usted en esa vida de perdicion, en la que la inexperencia había de comprometer á usted en medio de esas mujeres seductoras, y...

TEOD. Si, sí, muy seductoras.

ASUNC. Que habrán engañado á usted.

TEOD. No me atreveré nunca á decir la verdad.

ASUNC. Qué leccion tan terrible!

TEOD. (Imitando á su suegra.) Qué leccion, mamá.

ASUNC. Yo quería para mi hija un marido sin malicia, sin compromisos, un hombre nuevo, y éstas son las consecuencias. Ah! cuánto más hubiera valido un hombre como éste. (Señalando al medallon que lleva al cuello.) Mi difunto era un hombre.

TEOD. Y yo, mamá?

ASUNC. No; usted no es un hombre; pero no es de usted la culpa!

TEOD. Señora!...

ASUNC. Vale más para marido el que ha corrido la caravana ántes de la boda, que no el inocente, el inexperto, puesto que todos han de correrla y lo hacen despues.

TEOD. (Con afectada pena.) Qué desgracia, señor!

ASUNC. Pero yo procuraré remediar el daño.

TEOD. Sí, sí, remediémosle.

ASUNC. Saldremos de Madrid.

TEOD. En cuanto termine el invierno?

ASUNC. Eso quisiera usted, pero no será. Saldremos dentro de ocho dias.

TEOD. Oh!

ASUNC. Volveremos á Andújar, y desde allí nos iremos al cortijo?

TEOD. Y estaremos muchos meses?

ASUNC. Hasta la eternidad.

TEOD. Oh!

ASUNC. Basta de bailes, basta de crápula!

TEOD. Oh!

ASUNC. Todas las diversiones que le permitiré á usted, serán la pesca, y con caña: se acostará usted á las nueve de la noche, y no verá usted á más mujer que á la suya.

TEOD. Pues qué? nos abandona usted?

ASUNC. No!

TEOD. (Qué lástima!)

ASUNC. Pero... nos aburriremos allí solos. Ah! si viviera siquiera el coronel...

TEOD. (Ap.) (Vacila! Malo!) (Alto.) Sí, lléveme usted, lléveme usted. Si no amara á la mujer de don Lúcas, amaría á otra; mi sensibilidad esquisita me pierde.

ASUNC. (Indignada.) No lo repitas, calla! Mañana saldremos de Madrid.

TEOD. Mañana? sí, sí, en el primer tren.

ESCENA X.

DICHOS, PEPE.

Jovo

PEPE. Señora, venía á anunciar á usted, el señor don Lúcas!

ASUNC. Don Lúcas! Á qué vendrá ese hombre? Vamos, dile que pase. Usted, señor yerno, retírese. (Teodoro váse y se oculta tras la puerta de su cuarto.)

TEOD. Con mucho gusto!

PEPE. (Asomándose á la puerta del foro.) Pase usted.

ESCENA XI.

DICHOS, D. LÚCAS.

Jovo

LÚCAS. (Entrando y ap.) (Si habrá corrido la bola?)

ASUNC. Caballero...

LUCAS. Perdone usted, señora; creía...

ASUNC. Ya sé lo que le trae á usted aquí.

LUCAS. No lo creo, señora; aseguro á usted...

ASUNC. Usted se ha batido con mi yerno.

LUCAS. Señora... (Ap.) (Ya ha llegado á su noticia)

ASUNC. Y ha tenido usted la osadía de herirle.

LUCAS. Cómo? Ah, sí, he tenido esa desgracia: una terquedad suya ha sido la causa de todo. ¡Empeñarse en que la constitucion del treinta y siete es más moderna que la del cuarenta y cinco!

ASUNC. Qué atrocidad!

LUCAS. Lo ve usted, señora? Á usted tambien la asombra y la indigna. Es natural.

TEOD. (Al paño.) (Bravo!)

ASUNC. Ese ha sido el pretesto; muy bien pensado, de ese modo se oculta la causa verdadera. Yo obligaré á Teodoro á que dirija á usted una carta en ese sentido en cuanto pueda...

LUCAS. Sí, servirse de su mano derecha.

ASUNC. Eh? Cómo la mano derecha?

TEOD. (Ap.) (La echó á perder.) (Trasladándose el vendaje á la mano derecha)

ASUNC. La izquierda, dirá usted.

LUCAS. Cómo la izquierda?

ASUNC. Justamente; acabo de verle.

TEOD. (Ap., trasladándose el vendaje.) (Tiene razon!)

LUCAS. Pero señora, si lo sabré yo?

ASUNC. Y yo, caballero, se figura que no lo sé?

TEOD. (Ap.) (Busquemos un término medio.)

LUCAS. Yo le he causado esa herida, le he curado y le he conducido hasta aquí.

TEOD. (Presentándose con los dos brazos colocados en el cabestrillo.) Señores...

ASUNC. (Viéndole.) Cómo es eso!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, LUISA y luégo AMALIA y FERNANDO.

LUISA. (Entrando muy agitada.) Pronto, quítese usted esa venda.

TEOD. Pero...

LUISA. En seguida, no pierda usted tiempo, que viene detrás de mí.

TEOD. Pero quién viene?

LUISA. Amalia.

ASUNC. Mi hija!

LUISA. Sí; ha sabido en casa de la modista, por referencia de una señora, que Teodoro ha tenido un lance esta mañana, y se halla herido, y yo, para desorientarla, aseguré que el herido habia sido mi esposo. Vamos aprisa, que ya llega Amalia.

AMALIA. (Entra precipitadamente y se dirige á Teodoro y le abraza.) Querido Teodoro! Te has batido? no me lo niegues.

TEOD. Yo? ni pensarlo siquiera.

AMALIA. Que no? (En este momento entra Fernando y Luisa que ha cogido el cabestrillo y se lo coloca á su marido.)

TEOD. Puedo asegurártelo. Quien se ha batido es Fernando.

FERN. (Quejándose porque le lastima su mujer.) Ay!

ASUNC. (Ap.) (Qué bien finge!) (Alto.) Este es el culpable, hija mia, castigado por su infidelidad.

AMALIA. Qué placer!

FERN. Muchas gracias, señora.

LUISA. (Ap. á Fernando.) (Es preciso que conserves el cabestrillo durante ocho dias lo ménos.)

FERN. (Ap. á Luisa.) (Serás complacida.) (Ap. á Teodoro.) (Mi mujer nada sospecha. Gracias, amigo mio.)

TEOD. (Ap. á Fernando y D. Lúcas.) Y gracias á vosotros he conseguido mi objeto; retirarme del bullicio de la vida. Mañana abandono la córte y me convierto en pastor y en pescador de caña.

(Al público.)

El hombre es egoista,
la mujer bella,
por eso vive en lucha
siempre con ella,
que, el hombre avaro,
no prodiga con gusto

bien que es tan raro.

—

Así yo, como tantos,
la oculté un dia
más me salió una madre
que ay! madre mia,
me he visto negro,
que Dios les libre á ustedes
de suegra ó suegro.

—

El matrimonio es lazo
que cura ó mata,
unas veces nos une
y otras nos ata.
Pero... en secreto,
canten ustedes... *duo*
nunca *tercetto*.

FIN

3 0112 127858394

OBRAS DE LOS AUTORES.

Ardides de una mujer.....	En un acto y en prosa.
Por tener el mismo nombre...	En un acto y en verso.
I due conspiratori.....	En un acto y en verso.
Los mandamientos del tio....	En un acto y en verso.
Flor y fruto.....	En un acto y en prosa.
Una leccion al maestro.....	Id., id., y en verso.
Un manojo de espárragos....	En un acto y en prosa.
D. Eduardo Lopez y García...	En dos actos y en prosa.
Un jóven comprometido.....	En un acto y en verso.
Favor por favor.....	Id., id., verso.
Amad al prójimo.....	Id., id., id.
¡Por un boton!.....	Id., id., id.
¡Necesito un hombre!.....	Id., id., id.
Un beso anónimo.....	Id., id., id.
Simpatías.....	Id., id., id.
Por echarlas de tenorio (1)..	Zarzuela en un acto y en verso.
La sota de bastos.....	Juguete en un acto y en prosa.
Á caza de aventuras.....	Id., id., id.
Más vale llegar á tiempo....	Proverbio en un acto y en prosa.
Una aventura del Czar.....	Comedia en dos actos y en prosa.
La señora de P'''.....	Disparate cómico en un acto y en verso.
El mejor partido.....	Comedia en dos actos y en verso.
Siempre amigo!.....	Juguete en un acto y en prosa.
El libro de memorias.....	Comedia, id., id.
De jardinero á marqués.....	Juguete, id., id.
Tarde y con daño.....	Id., id., id.
Los tomadores del dos (2)....	Zarzuela en un acto y en verso.
El reservado de señoras.....	Juguete, id., en prosa.
Es cuchillo de la cocina.....	Disparate cómico, id.
El término medio.....	Comedia en dos actos, id., id.
No contar con la huéspeda..	Juguete cómico, en tres actos y en prosa.

(1) Música del maestro Fernandez Grajal (D. M.).

(2) Id., id., id.